



UN BOLSO DE MUJER

Realmente pocas cosas pueden resultar más prácticas que un bolso de mujer.

Hasta qué punto puede ser necesario y útil lo comprendemos perfectamente, incluso los hombres, cuando en el verano nos quedamos sin abrigo, sin chaqueta, sin chaleco y poco menos que sin pantalones y, por consecuencia, sin bolsillos donde

guardar esas varias e indispensables cosas —desde la cartera, o la agenda, o los bolígrafos, hasta el tabaco y el encendedor, pasando por los varios juegos de llaves o de gafas— que todos nos vemos obligados a llevar encima. Yo personalmente, an cuanto al llegar mis vacaciones laborales prescindiendo de la corbata y de todo lo demás, ya no sé qué hacer ni dónde introducir ni transportar mis indispensables y numerosos instrumentos de andar por la vida diaria.

Es prodigiosa la enorme cantidad de sugerencias que brinda algo tan simple y tan habitual como un bolso de mujer, o mejor como su contenido.

He conocido bolsos «normales», que suele ser lo sorprendente, y he visto bolsos sorprendentes, que suele ser lo normal. Bolsos con sólo un breve pañuelo, una llave y una barra de labios y a lo sumo con una pequeña agenda y unos billetes, y bolsos de los que su dueña, a la busca de una tarjeta perdida en su fondo insondable, ha ido extrayendo y colocando sobre la mesa el casi asombroso equipo profesional de un prestimano —cuerdas, varios tubos de vitaminas, una linterna, una fotonovela, una caja de inyecciones, diversos encendedores, un sujetador, un pequeño reloj de cuco...— en el que no faltaba más que media docena de palomas vivas.

En cierta ocasión he visto emerger de un bolso femenino, sin siquiera el fondo sonoro de un redoble de tambor, la inusitada geometría multicolor de un paraguas plegable, y en otra hasta la sorpresa de unos alicates y un berbiquí junto a un bellissimo camafeo florentino del Renacimiento.

—Esta maravillosa joya —hube de exclamar entonces— es lo único que realmente puede en este momento convencerme de no haber salido con un fontanero.

Y es que un bolso de mujer, aun en el peor de los casos, es siempre una aventura apasionante, porque si de una mujer suele poder esperarse cualquier cosa, de su bolso cabe, con mayor motivo, que en el momento menos pensado surja lo más asombroso, por supuesto sin esperarlo.

LEO DE LIPPI

